

- 44 J. Elguero, «Discurso en el CSIC con ocasión de la medalla de plata del CSIC», *Web del CSIC*, 2006.

Señora Ministra de Educación y Ciencia
Señor Secretario de Estado de Universidades e Investigación
Señor Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Señores Vicepresidentes
Queridos compañeras, compañeros, amigas y amigos

Mi intervención tiene dos partes, pero no teman, al menos en la primera parte seré muy breve.

Debo agradecer a la Junta de Gobierno del CSIC y a su Presidente, el Profesor Carlos Martínez, la concesión de la Medalla de Plata del Consejo. La recibo como el mayor honor de toda mi vida profesional. Si me quedan fuerzas, haré todo lo posible por ser digno de ella de la única manera que sé: haciendo público el resultado de nuestros trabajos. Yo nací en el 34, el año que fallecieron Cajal y Marie Curie. De ella dijo Einstein: "Marie Curie es la única persona que la gloria no ha corrompido". Que los tres nos sirvan de modelo.

Es siempre difícil, y en esta ocasión imposible, hablar en nombre de todas las personas del Consejo que han sido distinguidas en 2005. Cuando son pocos los premiados, suele ser el que mejor se expresa (alguien de humanidades) el elegido. Es obvio que yo no debería serlo. Pero he aceptado y trataré de reflejar el sentimiento de algunos de nosotros. No el de todos. Eso, como he dicho, no es posible.

Confrontado con los problemas del vivir, los humanos tratan de encontrar virtudes donde no las hay. Así ocurre con la vejez. Preguntado el cineasta John Houston cuales eran los aspectos positivos de envejecer, contestó: «ninguno». Pero no todos somos tan lúcidos como él. La respuesta más frecuente es que da experiencia, lo cual es una obviedad, si se iguala experiencia con memoria y si aún no se ha perdido esta.

Mi memoria del Consejo se remonta a 1980, año en el que regresé a España, ya cumplidos los 45 años. Cuando obtuve, por oposición, una plaza de Investigador Científico, la persona que más había hecho para que volviera, Carlos Corral, me llevó a una mesa del despacho que compartía con Jaime Lissavetzky y me dijo «este es tu sitio, pero no hay ni para éter». Así es que fui al Central a ver a la persona que llevaba la programación científica en busca de ayuda y me contestó «¡45 años! demasiado viejo para hacer investigación» Y eso que ambos somos químicos y que los químicos envejecen bien.

Las cosas (y las personas) cambiaron pronto porque el país cambió. Y pude, como otros muchos de mi generación, llevar a cabo la tarea que nos gusta: investigar.

En la inauguración del centro de la UNED en Lavapiés (el 17 de octubre del pasado año) escuché a Mercedes Cabrera hablar de la historia de España y comentar que había una escuela de pensamiento (David Ringrose, Juan Pablo Fusi, Jordi Palafox, entre otros) que defiende, en contra de "El problema de España" de Américo Castro o del "España como problema" de Pedro Laín, que nuestro país es un país europeo normal. Eso lleva a concluir que no ha habido un "milagro español"

y más allá, que tampoco ha habido una generación de héroes españoles que, con un esfuerzo sobrehumano, han cambiado a España en los últimos 30 años. ***Somos gente normal, en un país normal y en un momento normal de su historia.***

Es lo que Jorge Wagensberg llama el **Principio de Mediocridad** aunque a mí me guste más el **Principio de Modestia**. Cuentan que el astrofísico Richard Gott se encontró un día frente al muro de Berlín y se preguntó «¿Cuanto va a durar?». Llegó a la conclusión que la respuesta sólo dependía de cuanto había durado y de la fiabilidad estadística que se pedía a la respuesta. Con una fiabilidad del 0,5, y sabiendo que el muro había sido construido ocho años antes, la predicción fue que el muro duraría más de dos años y ocho meses, pero menos de veinticuatro años. Cuando el muro cayó veinte años más tarde, Gott se decidió a escribir su célebre artículo para *Nature*.

Dejando de lado su uso "subjetivista" de las probabilidades (la mayoría de los estadísticos son "frecuentistas") y otras limitaciones metodológicas, creo que es un principio muy sano, mentalmente sano, y no sólo en ciencia, pues se basa en la idea que Wagensberg describe así: «La mente, cualquier mente, tiende a situarse a sí misma en el centro del espacio y del tiempo. El principio de mediocridad nos invita a romper este prejuicio. La hipótesis equivale a reconocer que no existen observadores de privilegio. En consecuencia, y en ausencia de ulterior información, la mente pensante tampoco es el centro de nada. O sea, cuando observamos un suceso coetáneo, nuestra posición no tiene nada de especial dentro del intervalo que media entre su principio y su final».

El **Principio de Modestia** nos puede ayudar a resistir ese clima de crisis permanente, de país siempre al borde del abismo, de cosas pequeñas infladas hasta tamaños grotescos. De las convulsiones de hoy ¿que quedará en los libros de historia del siglo XXII?

Ahora suele ser el momento de pedir becas, plazas, instrumentos, edificios, bibliotecas, superordenadores, redes de comunicación, ... bienvenidos sean cuando lleguen. Pero permítanme que pida para el Consejo y su personal, serenidad, respeto, sosiego, **paz**.

No es posible en este lugar y en este año no citar a Cajal. Afortunadamente, D. Santiago era muy dado a filosofar, y es fácil encontrar una cita adecuada para cada ocasión. Yo he elegido la siguiente (Cajal en 1921 habla de un libro de Gustave Le Bon de 1884, es decir, 38 años años más tarde; ahora han pasado 86 años desde que Cajal escribió sus *Charlas de café*):

«A este propósito –cómo enseñar patriotismo– es altamente significativo lo que afirma Le Bon respecto de España en su libro sobre la Civilización árabe (1884). «Para todo cuanto excede de la capacidad vulgar, España necesita recurrir al extranjero. Extranjeros dirigen las fábricas, construyen los caminos de hierro, conducen las locomotoras... La nación española –añade– posee las apariencias externas de la civilización; pero sólo las apariencias, porque la ignorancia es casi tan general como en la Edad Media...»

El cuadro es sombrío y algo injusto, **continúa Cajal** pero –doloroso es reconocerlo– fundamentalmente exacto.

Naturalmente, desde 1884, la nación ha progresado en todos los órdenes de la actividad social. Pero ¿a qué espíritu reflexivo escapará que en lo sustancial, es decir, en la carencia de inventiva y de iniciativas industriales originales, nos encontramos casi estacionados?

Minas, ferrocarriles, teléfonos, radiotelegrafía, constituyen negocios organizados y dirigidos por especialistas extranjeros; bastantes técnicos de nuestras fábricas nacieron en Bélgica, Francia, Inglaterra o Alemania; máquinas complicadas de todo linaje, singularmente cuantas suponen ingenio creador y pericia cinemática (máquinas de coser y de escribir, telares modernos, microscopios y telescopios, generadores de energía hidroeléctrica, aparatos de radio, automóviles, productos químicos y farmacéuticos, construcción de locomotoras y de grandes cañones, de aeroplanos, etc.), de allende el Pirineo o de América nos llegan.

Deber sagrado e inexcusable de nuestros maestros es pintar con vivos colores a sus discípulos este bochornoso atraso intelectual, promoviendo en ellos, **aparte de la emoción patriótica más viva**, la conciencia angustiosa de nuestra inferioridad nacional y persuadiéndoles de que esas *apariencias de pueblo civilizado* de que nos hablaba crudamente el antihispanista doctor Le Bon significan, más que progreso real, vergonzosa servidumbre»

Hasta aquí el texto de Cajal. Mi idea al citarlo es la misma que la de él al escribirlo: "promover la emoción patriótica". Si piensan en ello un momento verán cuanto ha cambiado España en los últimos 86 años pero también cuanto queda por hacer. El pensamiento de Cajal, como en muchos otros temas, sigue vivo.

El Consejo es hoy día un organismo de tamaño considerable en el que trabajan miles de personas. Personas de edades, profesiones, categorías, muy diferentes, a veces, geográficamente muy alejadas. Lo más probable es que nunca lleguen a verse, como mucho, oirán hablar unos de otros si son muy conocidos o si trabajan en campos afines.

Es una alegría poder estar juntos para festejar algún acontecimiento feliz, un premio, una distinción, ... Cuando esto se contempla con memoria histórica, se recuerdan las personas con las que hemos coincidido e intercambiado frases en actos anteriores.

Se puede considerar que ya hemos sido bastante recompensados y que este reconocimiento del CSIC es un plus. Pero bienvenido sea porque esta vez estamos juntos, haciendo que la vanidad individual se transforme en alegría compartida, en amistad.

A los más jóvenes que están aquí por primera vez, que vuelvan, porque su trabajo así se lo habrá hecho merecer. Eso será prueba de que el Consejo ha sabido mantenerse en la frontera de la investigación.

En un mundo basado en la competitividad como motor, el CSIC debe luchar con las Universidades por la "excelencia", pero sería una locura entender esa competición como lográndose en detrimento de las Universidades. **El Consejo sólo puede desarrollarse en un medio de cultivo universitario.** Lejos de la Universidad se agostarían. Algo de rivalidad es inevitable, no vivimos, como pretendía Leibnitz, en el mejor de los mundos posibles. **Pero en encontrar el equilibrio entre competición y solidaridad está el arte de gobernar.**

Gracias pues al Consejo y a su Presidente, Carlos Martínez, por haber hecho posible estos momentos de amistad entre compañeros. Gracias a la Señora Ministra de Educación y Ciencia por su paciencia: *tenemos puestas muchas esperanzas en ella.*

Gracias a todos.

Homenaje a los galardonados del CSIC. 6 de julio de 2006

Señora ministra, señor secretario de Estado, colegas y amigos,

Es ya una tradición institucional bien establecida celebrar, en un día de comienzos de julio, un homenaje a los científicos del CSIC que han recibido algún premio, a lo largo del curso académico que termina.

El número de galardonados había alcanzado una cifra tan elevada al cabo de unos pocos años de establecerse este acto, que se introdujo la necesidad de hacer una selección entre todos los premiados, a fin de no convertir en interminable una celebración que se pretende, sobre todo, festiva, ligera y, digamos, prevacacional.

Este año, tras la oportuna selección, se presentan aquí 63 premiados, pertenecientes a todas las áreas científicas en las que se estructura la actividad del Consejo.

Lo primero que quiero destacar, es que los premios no celebran sólo la excelencia científica sino también, con frecuencia, la excelencia tecnológica, es decir, la aplicabilidad de los conocimientos científicos existentes o generados *ad hoc*. Los premios son, por lo tanto, una muestra muy variada y muy representativa de lo mejor de la I+D española.

El personal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas viene recibiendo así, año tras año, un reconocimiento social que, a pesar de su carácter previsible, debido a su reiteración anual, no deja de sorprendernos por su gran número y su elevado nivel, y no deja de estimularnos a seguir en la misma línea de la mayor exigencia profesional.

No creo que resulte pretencioso por nuestra parte, ni que podamos ser acusados de apropiación indebida, si afirmamos que el CSIC contribuye de manera muy señalada a la buena imagen que la sociedad española tiene de sus científicos quienes, junto con los médicos, ocupan los lugares más altos en la valoración social.

Contamos de hecho con análisis demoscópicos que demuestran, por una parte el liderazgo del CSIC entre las instituciones científicas españolas y, por otra, la valoración positiva de la mayoría de las ocurrencias en los medios de comunicación social.

Obviamente este hecho se debe a las personas que están hoy aquí y a otros compañeros que han recibido premios en años pasados.

En el acto de hoy se va a entregar, además, la medalla de plata del organismo a José Elguero Bertolini. El reglamento de medallas del CSIC, que es muy preciso y estricto, me impide entregarle a Pepe Elguero la medalla de oro pero, que conste señora ministra, que me quedo con las ganas de hacerlo, porque Pepe Elguero es un ejemplo para todo el Consejo, una especie de Cincinato de esta institución.

Permítanme recordar brevemente la historia: Lucio Quincio Cincinato era un patricio romano, no implicado de la vida política, al que Senado fue a buscar a sus tierras, tras una derrota de los romanos y en medio de una grave crisis para la ciudad.

El senado le otorgó plenos poderes y Cincinato reorganizó las fuerzas existentes, creó el embrión de lo que posteriormente habría de ser el temible ejército romano, derrotó en unas pocas semanas a los enemigos de la ciudad, devolvió al senado los plenos poderes que le habían sido entregados y se volvió a sus tierras a seguir trabajando.

Elguero estaba trabajando en su laboratorio de Química Médica en 1983, cuando fue convocado por las autoridades del Ministerio de Educación y Ciencia, que le encomendaron la presidencia del CSIC. Aceptó, garantizó la transición entre el último equipo de la UCD y el primero del PSOE, puso en marcha la política de reformas de la década de los 80 y, al cabo de 15 meses volvió de nuevo a su laboratorio de Química Médica.

Comprenderá usted, señora ministra que, a pesar de que entre los premiados de hoy hay muy grandes científicos y muy buenos amigos, yo tenía que referirme a José Elguero Bertolini que fue un presidente fugaz del Consejo, tan fugaz como Lucio Quincio Cincinato.

Para terminar, quiero dar las gracias y expresar mi admiración y mi respeto a José Elguero y a todos los colegas y amigos aquí presentes, por su labor bien hecha y merecidamente reconocida por la sociedad.

Gracias por su atención.

Carlos Martínez Alonso